

CASI 9.000 KILOMETROS

Expedición:

S.B.E. Sociedad Brasileira de Espeleología
C.A.P. Club Alpino Paulista
KARST Organización Argentina de Investigaciones
Espeleológicas

Designación: Omega 78

Fazenda Terra Ronca
Municipio de Sao Domingos
Estado de Goias
República Federativa del Brasil
Caverna: San Vicente I

Integrantes:

ADALBERT KOLPATZIK (Jefe de expedición)
MAX HAIM
CRISTIAN STEGMANN
PETER MILKO
ALBERTO SANTOS HANITZSCH
RICHARD HAUG
GALBA ATHAYDE
EDUARDO ATHAYDE

Todos pertenecientes al C.A.P.

ENRIQUE FEDERICO LIPPS
ROBERTO ALEJANDRO FERRARI
JORGE ANTONIO GONZALEZ

Pertenecientes a KARST (Argentina)

El viaje

Al entrar a Brasil la aduana revisa totalmente nuestras cosas y debemos dar explicaciones del carácter del viaje y la expedición.

Llevamos equipo y no hay dificultades. Nos preocupa no haber llenado el formulario 121 (declaración de cosas importadas) al salir de Argentina, pero los choferes no nos avisaron y el paso del lado argentino a las 4 de la madrugada nos sorprendió prácticamente dormidos.

Llegamos a San Pablo y nos espera Max que nos traslada a su departamento donde quedamos alojados hasta nuestro regreso.

Conviene llevar cruzeiros por el día de viaje que se hace en territorio de Brasil.

Estado de Goías

Antes de nuestra partida a Goías, discutimos con Max el plan de trabajo.

Se volcaron sobre la mesa algunos mapas y se esbozaron ideas de la expedición en marcha. Una división de trabajos en grupos, exploración de superficie intentando encontrar la salida del río San Vicente, una exploración interna hasta llegar al

punto máximo alcanzado hacía dos años con los polacos: la cascada de 18 metros. Se iba a quedar un grupo avanzado, tratando de equipar la cascada para superarla y el resto regresaría recolectando muestras y topografiando.

Once en total, cuatro automóviles y una permanente caravana desde ese momento en dirección a Alborada do Norte.

Viajé con Max y Enrique.

A las 19.20 llegamos al último puesto de gasolina. Hace bastante calor. Vamos a cenar y a dormir en un hotelucho de Alborada do Norte.

Partimos a los últimos 150 kms para entrar a la zona de la caverna, de los impresionantes mantos calizos de Goiás. Es domingo 23 de julio de 1978.

La San Vicente I

Lunes 24-7-78, Adi, Galva, Richard, Alberto, harán una exploración de superficie tratando de reconocer galerías superiores u otras entradas, al mismo tiempo que llevarán como objetivo fundamental, la localización de la salida del río.

Max, Cristian, Peter, Enrique, Roberto, Eduardo, yo, haremos la primera incursión dentro de la caverna para llegar a la cascada en donde quedaremos Max, Cristian y yo intentando superarla y volverá el resto recolectando muestras y topografiando. Son las 11.30 hs cuando uno a uno comenzamos a meternos en el agua y lentamente vamos al interior de esa masa oscura y enorme.

Vamos tomando conciencia de lo difícil que resulta un trabajo topográfico en detalle en una caverna de estas proporciones. Un playón a nuestra derecha y un talud de rocas sueltas y el río debajo nuestro. Una pequeña sala y los gours con perlas que nos sorprenden por su tamaño.

No sentimos el frío del agua, la temperatura media anual de 23 grados en el río y en el ambiente lo hace soportable. Los equipos pesan más de la cuenta cuando se mojan, pero todo es un permanente descubrir para nosotros y en eso concentramos la atención de nuestros sentidos.

Abajo el río y un salto de 6 mts.

Se instalan dos escalas de cuerda, posteriormente Marx reemplazaría a una de ellas por la de cable para evitar que el roce con la roca cortara el fino cordón de 5 mm.

Las escalas se bambolean en el vacío. Son 20 metros.

Voy a bajar último autoasegurándome con un prusik. Me doy cuenta que pocos, sólo Max y Cristian, manejan con seguridad los nudos y las maniobras de la soga.

Es demasiado ventaja la que le estamos dando a una caverna que exige este despliegue. La tarea se hace lenta.

Max baja primero. La escala toca el agua y queda a unos dos metros de una plataforma rocosa y mojada.

Uno a uno van descendiendo hasta que los cascos desaparecen de mi vista y empiezo a acostumbrarme a mi única luz.

Después cruzamos el río.

Con el agua hasta la cintura pasamos corredores tranquilos donde vemos las chorreaduras fantas-

males esconder el secreto de siglos.

El lecho es de arena y también se ha reconcretado el silencio.

Subimos un poco, dejamos el agua y sorteamos una travesía delicada (Max nuevamente) con una caída a pique de 40 mts al vacío tenebroso que termina en el río. Una caída sería fatal.

La salida de esa travesía en un terreno barroso y resbaladizo obliga a arrastrarse y descender hasta donde será instalada la segunda escala (unos 18 mts aproximadamente).

El primer tramo de la escala toca la pared y el segundo cae libre directamente al agua que llega hasta el pecho.

Esta maniobra da mucho trabajo y me provoca un enfriamiento por la permanencia de casi una hora en el agua.

Me suplanta Enrique teniendo la escala para los que faltan y con Roberto recorreremos los 20 metros que nos separan de una plataforma rocosa a nuestra izquierda.

Dejamos una luz química en la escala que juega en la corriente del río.

En este punto tomamos un descanso y Max decide colocar un clavo de presión para poder dar seguro cuando intente cruzar la fuerte correntada.

Intentará cruzar y regresar para tener una idea clara de la dificultad y el esfuerzo que significará para el grupo, quizás ya demasiado cansado y poco preparado técnicamente.

Nos ha costado más de 12 horas llegar a este punto y faltan todavía 1.700 mts. para la cascada. Max arregla su chaleco salvavidas, coloca una luz quími-



ca en su casco y nos repite el código de silbatos que usaremos. Llevará consigo la cuerda azul de nylon.

La correntada es fuerte. Siento mucho frío.

Max cruza y regresa luego. Conversamos y decidimos regresar al base. No es prudente que el grupo se separe en dos y nosotros nos quedemos en la caverna, entendemos que deberíamos continuar todos o volver todos.

Se decide esto último y después de dejar en ese punto algo de equipo, emprendemos hacia la salida todo el camino andado.

El martes 25-7-78 a las 9.30 hs; después de 22 hs de permanencia vemos la claridad del día y sentimos una enorme alegría a pesar del cansancio tremendo.

Nuestros compañeros habían salido temprano a un reconocimiento, así que después de tomar algo caliente nos tiramos en nuestras bolsas a descansar quedándonos profundamente dormidos hasta las

seis de la tarde.

Charlaríamos nuevamente y decidiríamos qué hacer.

Adi, Max, Cristian, Richard, Alberto y yo haríamos la segunda entrada para llegar a la cascada. El grupo de Peter, Enrique y Roberto irían a Pasa III o Cascado Blanco para explorar, topografiar y recolectar muestras.

Segunda Incurción

Se conformó el grupo que entendimos más fuerte: Adi, Max, Richard, Cristian, Alberto y yo, que tuve la fortuna de integrarlo.

La ruta estaba equipada pero además el grupo se movía con ma or soltura y rapidez: en dos horas habíamos alcanzado el anterior punto final de la incurción primera.

Quedaba cruzar el río y después sumergirse en la parte más apasionante de esta hermosa caverna. Grandes salones con agua tranquila y el peso del equipo y nuestro jadeo hecho vapor en el aire oscuro descubriendo ese fabuloso paisaje. Caídas de calcita blanca con ojos cristalinos de agua pura, que parecía inviolable.

Todo de dimensiones fabulosas. Palmeras blancas de un metro creciendo en la oscuridad con sus pequeñas hojas, algunas ya muriendo al agotarse las reservas de sus semillas.

Los opillones (vimos uno en una playa mojada), insecto formado en esas tinieblas, horrendo en sus formas y sus movimientos, sentí repulsión por un ser que para vivir en esas condiciones y despojado de luz tiene que tomar irremediamente esa forma.

Me imaginé enclaustrado para siempre en esa caverna hasta el fin de mis días, convirtiéndome poco a poco en un opillón venenoso, esperando la presa, hecho al mundo del silencio sin eco.

Seguimos caminando, Max señala el esfuerzo que significa después remontar todo el trayecto contra la corriente.

El espectáculo es magnífico. Los salones son enormes y de a momentos no alcanzamos a divisar los techos con nuestras linternas. Se confunden las sombras y arriba nuestro parece haber un cielo infinito.

Un nuevo paso de dificultad. Max conoce la profundidad de ese pozo. Instalamos los clavos de seguro. Se arroja al agua y llega al otro lado para instalar la sog. Así uno a uno. Estoy asustado con estas maniobras en el agua; saber nadar no es lo mismo que saber nadar con una mochila pesada y el casco sin luz.

Seguimos.

La piedra es negra y brillante. El ruido anuncia el gran espectáculo final.

Es un borrascoso caer de agua con furia, golpeando, blanca, enfurecida.

La cascada se cierra en un techo que se angosta como una cúpula. Nos está poniendo a prueba. Intenta Adi con un rappell y regresa. Hace gestos negativos con su cabeza.

Max efectiva una travesía inestable, peligrosa.

Decidimos cruzar. Intentan Max, Adi, Cristian. Se coloca una escala. Se llega a cinco metros del agua. La cascada se levanta y un túnel angosto (1 metro

del agua al techo) se traga los secretos rápidamente. Todo es hecho con seguridad, las pocas columnas sostienen a espacio de metro y medio, eslingas y cordines, doble sog, una cuerda fija.

Es imposible con el equipo que tenemos. La fotografiamos desde todos los ángulos.

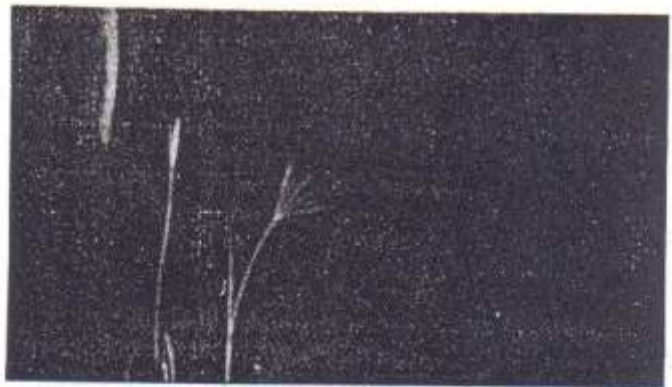
Es inolvidable este punto de la cueva, lo será para nuestros oídos y nuestros ojos.

Seguimos fotografiando.

Ya hemos pasado una noche en la cueva. Dormimos en nuestras bolsas en la playa baja al lado del río. En una plataforma alta habíamos instalado el campamento-vivac y dejamos el resto del equipo.

Preparamos todo para salir.

El equipo es mucho, somos 6 y nueve mochilas, poco a poco, al desequipar, agregamos sogas y escalas. Sin embargo no nos detenemos en la marcha. Volvemos en 40 minutos al primer punto (1000 me-



tros, alcanzado en la primer incurción) y de allí, al tramo final. Estamos por cruzar el río. Buscamos con las linternas y nuestros ojos en su haz de luz, la última escala que bambolea en el vacío.

Subo. Desde el techo, peldaños gigantes y brazos de cíclope, baja la sombra de la escala y vemos los escalones que le faltan a Adi.

Es el último problema y prácticamente estaremos a la luz del amanecer.

Las sombras son también gigantes.

La sonrisa de Enrique y Roberto con ojos alterados nos reciben en un apresurado abrazo de preguntas.

Todos desean descansar sus cuerpos.

Para mí, terminó la aventura más apasionante que viví en el mundo subterráneo.

Y creo que me dormí pensando en ella.

Conclusiones

Sobre el equipo hay cosas interesantes para considerar, siempre por supuesto, en relación a cavernas de este tipo: con presencia de ríos o lagos que obligan a mojarse y con temperaturas que podemos llamar "cálidas" (Sao Vicente I registra una media anual de 23°).

Las piernas se ven bastante perjudicadas por las piedras del lecho del río, sin embargo pensar en un overoll forrado es aumentar el peso considerablemente ya que al mojarse éste aumenta y se hace bastante incómodo. Lo mejor es un overoll liviano,



reforzado en codos, rodillas y hombro (igual atrás) pero cómodo para las maniobras de ascenso o descenso por las escalas o maniobras de soga en general, incluso al nadar.

Esta cueva no obliga al uso de mucho abrigo, uno siente calor rápidamente, pero la ropa mojada necesita de recambio en los descansos. Lo que ocurre es que tiene que ser liviana porque no tiene sentido pasear durante la exploración mucha ropa de abrigo que después uno no utiliza.

Dentro del casco pueden llevarse los cigarrillos o las baterías de 4.5 volts para la iluminación a pila



con muchas probabilidades de que se mantenga seco, sobre todo si se las envuelve en bolsas de nylon que es un modo de aumentar la seguridad de que no se mojen.

Las mochilas de lona simple sin armazón tienen que tener ojales para el rápido desagote del agua.

Es mejor evitar bolsillos laterales y pueden, sí, tenerlo en la tapa.
terales y pueden sí, tenerlo en la tapa.

Las latas de pintura dieron un resultado excelente en cuanto a hermetismo y sobre todo para las cámaras fotográficas. Se puede pensar en buenas colchonetas para el campo base, las bolsas de duvet quizás sean demasiado, una buena de sintético alcanza para el frío que puede haber en el invierno de Golas.

Las piedras de carburo conviene quemarlas grandes para menor consumo. Lo ideal es picos de porcelana de 14 litros.



Está bien llevar guantes y no es necesario tomar demasiadas precauciones con respecto a mosquitos. Abundan las garrapatas en la vegetación.

El agua es potable. Difícilmente llueve en invierno. Es importante perfeccionar un sistema de comunicación y llevar para ello el silbato. Es conveniente entrar con buen equipo de seguro, ya sea mosqueteros como también sogas y un buen arnés personal. Los antiofídicos son necesarios.

Jorge González

Karst agradece especialmente al Club Alpino Paulista por la invitación y al Centro Andino de Buenos Aires por la oportunidad de publicar este trabajo y de ser un permanente modo de contacto con las actividades afines a la montaña.

Lo publicado es exclusivamente el relato de la expedición.

Lo referente a la topografía, clasificación de insectos colectados, climatología y geología de la caverna será publicado en un próximo número.

CABA agradece a su vez tanto a Jorge González por su relato, como a KARST por habernos confiado la publicación de este material. Y se complace al ver que, una vez más, el compañerismo y la hospitalidad que existen en su seno han dado sus frutos: concursantes brasileros al anterior curso de escalada en hielo en el Tronador, se habían vinculado y entablaron amistad con cabistas. De allí, proyectos comunes, invitaciones y el resultado descripto.

Una vez más CABA fue el factor desencadenante de hermosas experiencias y vivencias.